



Siempre me gustó el café

Walter Gustavo Telesca

Telesca, Walter Gustavo

Siempre me gustó el café. - 1a ed. - Avellaneda : WGT Ediciones, 2013.

EBOOK

ISBN 978-987-1827-34-3

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 18/04/2013



www.wgtediciones.com

15 5922-8829 // 3970-2130

contacto@wgtediciones.com

Diseño de tapas e interiores wgt comunicaciones.

www.wgtediciones.com

La imagen de tapa es de derechos libres .

Primera edición abril de 2013. wgt ediciones.

“Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723”

*Siempre me
gustó el café*

Cuentos

Walter Gustavo Telesca

Contenido

Prólogo	5
Las píldoras	7
La batalla por la búsqueda de los escritos	13
El hueco	17
Animales	25
Cuando el alba se haga contigo	29
Insomnio	31
Siempre me gustó el café	33
Tomar partido	41
Tarea para la escuela	45
Desde anoche que no como	49
Cosas de mozos	53
Monólogo de amor	57
Y ella... cayendo en mis manos	61
Hay cada loco en la calle...	63

Prólogo

Imágenes de la vida que podrían ser mías, tuyas o ajenas, pero que inevitablemente no pasarían desapercibidas en la existencia de nadie, se encuentran presentes en los relatos del presente libro.

Seguramente, en cada instante que usted tenga estos textos, renacerá el espíritu del recuerdo, que tal vez no sea suyo pero que, quizás vividos por alguien más, merecerán ser contados.

Historias que hablan de amor, de odios, de temores, de decepciones de encuentros y desencuentros de almas incompletas o vacías que reflejan emociones como aquellas que alguna vez usted o alguien, o tal vez nadie, habrán sentido... no lo sé.

Momentos reales para descripciones ficcionales que retratan la vida misma con experiencias que alguna vez fueron y que por gracia de la escritura llevan el sello de lo eterno.

Las píldoras

Él

Aquél domingo estuve sentado durante horas frente a la ventana que asomaba a la avenida. Como en un video-clip pasaban por mi mente las imágenes de los últimos sucesos ocurridos en mi vida. Hechos que cuestan olvidar y que como clavos en una pared quedan firmes e inamovibles.

No habían sido muy felices esos momentos..., mi vida no había sido feliz. Sentía decepción de la existencia que había llevado y de las frustraciones difíciles de explicar y de solucionar. Mi solitaria imagen proyectada en el vidrio de la ventana entre abierta, cautivó los pensamientos. No podía dejar de mirarme. Lo hacía con autocompasión, con lástima, me daba pena haber desperdiciado toda una vida esperando al amor que jamás encontraría. El abismo creciente de mi desesperanza estaba llegando al final. Repasaba por última vez los momentos más importantes. Quizás, necesitaba este ejercicio mental para esperar a la muerte con más calma. No me importaba encontrar otra vida en el más allá, simplemente quería deshacerme de ésta. Ya no quería vivir sin amor.

Ya lo tenía decidido, ese día sería el último de mi ingrata vida; y la hora final coincidiría con la del inicio de la siesta. En ese momento, al ingerir el frasco de poderosas píldoras tranquilizantes que había comprado el día anterior, dormiría un sueño eterno, con la esperanza de tener una mejor estadía en el más allá.

No quería soportar más la soledad que me abrumaba, desde la partida de Laura me había quedado solo, con la única compañía del espejo que colgaba en la pared del dormitorio.

El día acompañaba y apoyaba con su imagen mis pensamientos, el viento presagiaba la llegada de una masa de nubes grises que convertían mi abatimiento en una pesada carga.

“Y aquí estoy, hablando solo.

No contesta y me percibe,

Es mi mejor compañía;

La soledad me recibe!”

Leía los versos que había escrito ocho veranos atrás, cuando me separé de mi primer y único amor. Su padre trabajaría en otra ciudad y nuestra relación terminaría en lo mejor de su esplendor cuando hubieron de que mudarse.

Fue definitivamente difícil el momento de la despedida. ¡Nunca más la volví a ver!

Era la persona que amaba con toda la fuerza que el amor puede darle a alguien. ¡Jamás pude olvidarla!- Sin ella no logré alcanzar la plenitud espiritual que otorga la felicidad de tener junto a uno a la persona amada.

Una brisa fresca que envolvió mi cara, me distrajo y logró que pusiera mi atención en lo que ocurría en la avenida. La vida en esta calle seguía tan monótona como siempre: la rural blanca de mi vecino estacionada en el mismo lugar, con las ruedas giradas para que nadie la desplazase; la gente haciendo cola en la despensa ubicada frente a mi departamento; el quinielero recibiendo apuestas en la mesa del bar... Pero nada de lo que ocurría lograba acaparar mi atención, mi cabeza estaba inanimada y suspendida en mi decisión... ---Mi mente estaba en otra dimensión..., tomaba coraje para realizar lo que tenía planificado. En mi interior se entrelazaban diversas imágenes, gente cami-

nando, figuras de personajes conocidos, las luces del tránsito me recordaban los reflejos de la luna en el mar, la cara de mi madre con la figura de Laura.... ¡La figura de Laura...!

Mi imaginación desbordaba de mis retinas, estaba viendo cosas que escapaban de la realidad. La ilusión me estaba jugando una mala pasada; sueños en vigilia que seguramente se desvanecerían prontamente. Eran producto de mis expresiones de deseo. Estaba alucinando, imaginé por un momento que parada frente al semáforo, estaba ella. ¡Mi amor!

Pero era cierto. ¿O no? No podía creer lo que veía...

No podía ser cierto ni real, la imaginación se burlaba de mí... fue lo que pensé.

Seguí mirando, esta vez con más atención... y si... era ella.

No sabía qué hacer. ¿Salgo corriendo, grito, me asomo por la ventana para que me vea? Sin pensarlo mucho más tiempo sentí la irrefrenable sensación de gritar con todas mis fuerzas.

—¡Laura..., Laura ...! -grité desesperado. ¡Aquí, en la ventana!

Me miró dibujando una enorme sonrisa en su rostro que llenaba mi alma de felicidad. Levantó la mano para saludarme y saltó de alegría.

Se veía tan bonita como siempre, los años le habían regalado algunos kilos, que le daban un aire de mujer madura. Su pelo se notaba distinto, era más largo y parecía más oscuro que su color natural. Su estilo informal de vestirse seguía intacto.

—Carlos, ven aquí, hablemos un rato! Me gritó.

Sin darle respuesta alguna, me puse apresuradamente los pantalones, de los que todavía colgaba la credencial de mi trabajo y bajé en su búsqueda.

Después de haber conversado más de una hora en la esquina, me contó que jamás me había olvidado y que nunca se había casado, con la esperanza de poder encontrarme algún día.

Ella

Quizás sea la última oportunidad que tenga de encontrar a mi amor. Un ex compañero de trabajo me dijo, que habitualmente suele verlo caminar por esta zona, lo que indicaría que se había mudado por aquí.

Desconocía el barrio y la tormenta que se avecinaba, no estimulaba una caminata con rumbo incierto, pero esto no me amedrentaría en la búsqueda de mi amor.

Tengo todo el Domingo para caminar -pensó.

“Y aquí estoy, hablando solo.

No contesta y me percibe,

Es mi mejor compañía;

La soledad me recibe!”

Jamás olvidaría los versos que me entregó aquel día de verano cuando nos despedimos para siempre. Nunca perdoné a mi padre por la decisión de habernos mudado a otra ciudad.

Me juré a mi misma que no moriría sin volver a verlo; para decirle que aún lo amo.

Ya no soporto la incertidumbre de no saber que ocurrió con él. ¿Se habría casado? ¿Tendría hijos? Tenía que averiguarlo. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para encontrarlo.

Estaba llegando a la zona indicada y comenzó a desesperarse, ¿qué haría si nadie lo conocía? ¿A donde se dirigiría? ¿A quién debería preguntarle? Todas estas dudas la abrumaron de manera tal que no podía razonar claramente.

Sin saber que hacer y percatándome de que estaba perdida, pregunté a unas personas que esperaban ser atendidas en una despensa, por el nombre de la calle y me dirigí a la esquina. Me paré frente al semáforo. Y entonces lo escuché...

—¡Laura..., Laura! —me gritó. —¡Aquí, en la ventana!

Lo miré y dibujándose una enorme risa en mi rostro, levanté la mano para saludarlo.

—¡Carlos, ven aquí, hablemos un rato! —Se me ocurrió decir.

Después de haber conversado más de una hora en la esquina, sentí mucha pena cuando me contó lo de su madre y comenzamos a caminar. Me dijo que jamás me había olvidado y que nunca se había casado, con la esperanza de poder encontrarme algún día...

Vi que arrojaba algo cerca del árbol, pero no preste atención, porque fue en ese momento cuando me propuso mudarme con él.

El barrio no tenía mucho movimiento luego del cierre de los comercios, la calle estaba desierta durante la noche, no pasaba mucho tráfico por esta cuadra y pocas personas la caminaban.

Asomados por la ventana, tomados de la mano y en silencio contemplábamos el movimiento de las copas de los árboles, las hojas que se perdían, la brisa que levantaba la tierra de las raíces de los arbustos. Nos mirábamos incansablemente sin decirnos nada. Con las miradas nos alcanzaba para transmitirnos el amor que habíamos guardado por años.

Había comenzado a llover, la figura de dos personas se reflejaba en el agua de los charcos. Era una madre y su pequeño hijo.

—¿Qué es eso que hay tirado junto al árbol, mamá? —preguntó el chico.

—Es un frasco de pastillas para dormir. Alguien lo habrá perdido. —contestó la madre.



La batalla por la búsqueda de los escritos

Donde Solano Reyes era un vencido y sufría dos derrotas cada día, era en su vida. Y las sufría por que el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha le había hecho creer que la vida es sueño cuando la realidad indicaba otra cosa: que debía trasladarse al lado de la sombra para hacer de lazarillo junto con el viejo soldado, el extranjero y el rebelde, con quienes transitaría el jardín de los senderos que se bifurcan, en búsqueda de aquellos escritos que los desvelaban.

Sería el primer hombre en caminar esos senderos. En uno se encontraría con el exilio y el reino, en el otro con el lector, un tipo implacable e insobornable. Antes de seguir el viaje pararon en un descanso de caminantes y pensaron en dormir al sol, pero por desgracia para ellos vieron un cuerpo tirado que le cambió los planes, era Luis Greve, muerto...

Luego del hallazgo, decidieron postergar la siesta del martes y como no todo es vigilia la de los ojos abiertos, quisieron seguir de un mundo a otro, y continuar el viaje a la otra realidad que los llevaba por el sueño de los hombres, sabiendo que sólo les provocaría un suave encantamiento.

“El tamaño de mi esperanza creció como en el libro de los seres imaginarios” -pensó Solano- y al darse cuenta de que todos los caminos conducen al hombre, comenzó una discusión

con sus acompañantes a quienes les hizo un pedido... A cambio recibió un rechazo y un abandono instantáneo. Tuvo una duda razonable, pero finalmente decidió volver a ser el aspirante a vivir siempre con o sin ayuda. Con la misma fe, la misma fuerza..., y para ello tenía que hablar el idioma de los argentinos con el fervor de Buenos Aires que se había llevado desde aquí.

La lucha continuaba, la reconquista de las tierras sin nada, tierras sin profetas, debía seguir. Ya no tenía con quien, pero el hombre que está solo y espera, tiene su recompensa. Alguna de las señales que necesitaba para no perder la fe, no llegaban y él sabía que la crónica de una muerte anunciada provocaría cien años de soledad convirtiéndose en el mal del siglo en su cabeza.

Con sangre sudor y lágrimas los delitos y faltas se iluminaban con las linternas diurnas de los atenienses, que se hacían presentes desde el pasado como disfrutando de una historia prodigiosa, pero Solano sólo quería formar la resistencia, no quería volver a ser derrotado. Para ello había convocado a los siete locos..., siete soñadores que con sus lanzallamas convertirían esa pura anarquía en grandes esperanzas de poder llegar a la ciudad de los libros soñadores, a la ciudad de los libros escritos, al lector.

Como en épocas pasadas, de inquisiciones y de antiguas literaturas germánicas los papeles antiguos (como el informe de Broddie) señalaban el lugar justo donde se libraría la batalla final: las verdes colina de África.

Allí, donde el perjurio de la nieve es una realidad y en donde las tierras se ven invadidas de una magia modesta, se desatarían las batallas desafortunadas en todos sus senderos, pero sobre todo en el del amor y otros demonios y en el sendero del lector.

Al romper el alba la batalla final había comenzado, sobaban las intenciones de volver a ser el príncipe feliz y de vivir para contarla...; el amor brujo estaba ganando, la conversa-

ción en la catedral con Pantaleón y las visitadoras estaba tomando forma. Ellas habían vaticinado: “ustedes no son hombres en guerra, ¿es qué acaso no se dan cuenta de que, por los hombres sin libros, es por quien doblan las campanas”?

Solano se dio cuenta de que la lucha no tenía sentido y con un extraño y pálido fulgor, comenzó un camino de regreso.

Sin saberlo, al desistir había ganado. Y como con un hechizo mágico volvía con las Confesiones de un recién llegado al mundo literario trayéndose consigo el libro de arena y el valioso secreto del lector, llamado el aleph y valuado tanto como las fortunas de Andrómeda y Perseo.

En dichas confesiones estaba el precioso y valorado dato, en el que se contaba que en el jardín del Edén, tener y no tener fortuna es lo de menos, porque sin amor por los libros el que gana no se lleva nada.

NOTA: Las frases subrayadas son títulos de libros que se encuentran en la biblioteca del autor del cuento perteneciente a los siguientes autores:

Ernest Hemingway / Henry Miller / Adolfo B Casares / Jorge L. Borges / Héctor Tizón/ Oscar Wilde / Albert Camus / Woody Allen / Mario Vargas Llosa / Gabriel García Márquez / Federico García Lorca / Charles Dickens / Raúl Scalabrini Ortiz / Macedonio Fernández / Roberto Arlt / Winston Churchill / Schlink, Bernhard / Leonard Elmore / Robert Salmon / Anne Perry / Ernesto Sábato / Calderón de la Barca / Walter Moers



El hueco

La noche crecía profunda por el silencio que invadía las calles, el viento que por encima de la vereda dibujaba figuras geométricas con las hojas de los árboles, creaba remolinos de color verde que deformaban la silueta de la calle, transformando la morfología de los cordones en sinuosos caminos vegetales.

Desde la tibia habitación en el departamento del cuarto piso, sólo se asomaba el sonido del rechinar del viento sobre la persiana de madera. Eleutario dormía junto a Marta, su esposa, con la que llevaba más de una década de casados. En el comedor en un viejo y desgastado sofá cama, dormía Virginia la única hija adolescente del matrimonio.

Eleutario era un hombre de clase media con un trabajo administrativo igual al de millones de personas, que como él, se resignaban con tener una vida chata dentro de una mediocridad reinante donde nadie cuestionaba los actos ajenos por temor a desestabilizar la cordialidad y la tranquilidad tradicional del trabajo...

Una noche como cualquier otra en donde los sueños se entrelazaban acuñando sensaciones placenteras, el sueño de Eleutario se vio interrumpido por una molesta picazón que lo perturbaba hasta el hartazgo. Pensando que le haría bien para el picor, se levantó y se dirigió hacia la cocina a tomar agua. Bebió y volvió al dormitorio.

Le parecía muy extraña la picazón que sentía, pero su cansancio podía más que sus pensamientos y se acostó nuevamente para conciliar el sueño, tratando de olvidarla. Después de unos minutos se durmió.

Por la mañana comenzó a sonar la alarma del reloj, eran las 6 y 45, hora en que se levantaba a desayunar, para después ir al trabajo. Apagó el despertador, se sentó en la cama para desperezarse y comenzó a rascarse la cabeza, esa picazón lo había puesto muy nervioso toda la noche. Se sentía extraño y ausente. No podía reaccionar, sus movimientos eran muy lentos y no poseía la fuerza habitual de cada mañana.

Al llevarse la mano a la cabeza con la intención de rascarse se sorprendió sobremanera al darse cuenta de que en la parte posterior de la cabeza, donde tanto le picaba, tenía un hueco.

Pensando que era producto de la picazón y sin darle mayor importancia se recostó en la cama boca abajo, para poder alcanzar las ojotas que se encontraban debajo del almohadonero. Cuando sus ojos se posaron en el borde de la pared, quedó atónito, sin reacción, sin poder creer lo que estaba viendo... Pero ¿era real o un sueño? se preguntaba. No entendía la situación... ¿lo que estaba viendo era real? Si, si lo era. Su cerebro reposaba en un rincón de la habitación debajo de la cama.

Reflexionó y descubrió entonces que el hueco que tenía en la cabeza era la causa por la cual el cerebro había caído al piso.

Con el afán por recuperarlo se arrodilló y estiró su brazo, pero con mucho asombro vio como el órgano huía, alejándose de sus manos y retrasaba su posición para no poder ser alcanzado. Intentó una y otra vez atraparlo pero sin éxito..., al no lograrlo, desistió.

Convencido de que todo se solucionaría al regreso del día laboral, fue a darse una ducha y ya sin tiempo para desayunar salió velozmente hacia el trabajo.

Al llegar a la parada de colectivos y luego de esperar casi quince minutos, recordó que su trabajo estaba a sólo tres cuerdas de su casa y que no necesitaba tomar colectivo.

Por la demora que le provocó la espera, llegó tarde al trabajo perdiendo el premio de puntualidad y asistencia que le pagaban por primera vez en varios años.

Ese día en el trabajo cometió un sinfín de errores, discutió con sus colegas, sus movimientos eran torpes, volcó cuantas tazas de café se sirvió dejó caer carpetas con documentación traspapelando información. Definitivamente, no era uno de sus mejores días, pasaban las horas y nada le salía bien. Por momentos recordaba que ese día había dejado el cerebro debajo de la cama y entonces se tranquilizaba pensando que los problemas se acabarían cuando al llegar a su casa recuperara la inteligencia.

Pasadas las cinco de la tarde cuando terminaba su día de trabajo, fue al baño a peinarse y sin recordar el hueco de su cabeza pasó el peine por su nuca y sin quererlo lo extravió. Dentro de su sesera, a esta altura de las circunstancias, lo único que podía encontrarse era tierra, un sinfín de pelos y ahora... un peine.

Se marchó de su oficina y para concluir un día laboral fatídico, se olvidó de pasar la tarjeta lectora por el marcador de horarios de la empresa, dándose cuenta que debería rendir explicaciones al día siguiente en la oficina de personal.

Caminando hacia su casa no podía pensar. Cuando se acordaba, lo único que quería era recuperar el órgano perdido y apurarse para contarle a su esposa e hija lo que había sucedido mientras ellas dormían.

No era una familia muy comunicativa, eventualmente surgían algunas charlas que en un principio resultaban interesantes pero luego terminaban en discusiones. La mayoría de las veces Eleutario llevaba las de perder porque se enfrentaba a

dos mujeres muy duras con personalidades muy fuertes y se dejaba dominar por ambas asintiendo lo que ellas dijeran, tuvieran o no la razón.

Al llegar, no fue necesario contar nada, Marta lo recibió a los gritos recriminándole el hecho de haberse olvidado el cerebro en un rincón de la habitación. Le explicó a los gritos que después de barrer lo había encontrado asustado y con síntomas de abandono y decidió colocarlo cuidadosamente en un frasco.

Echándole la culpa por el estado de su cerebro, Marta se fue dando un portazo y provocando la vibración de los vidrios de las ventanas. Inmediatamente Eleutario fue en búsqueda de su órgano. Cuando quiso tomarlo se sorprendió al ver como aquel lo rechazaba. Se contorsionaba de manera tal que no podía ser tomado por las manos de su propietario que sólo quería recuperar el raciocinio. Pensaba..., como podía, que era su culpa por los malos tratos que le había impuesto toda su vida y que esta era una venganza del órgano.

Eran en vano los intentos de Eleutario por recuperar su cerebro, éste no tenía intenciones de volver a su cabeza. Las cosas se estaban complicando una vez más.

Había pasado una semana desde que Eleutario se encontraba descerebrado sin encontrar la solución al asunto. Se sentía desconcertado sus ideas y sus sentimientos sobre el matrimonio, las amistades, y demás valores de la vida sufrieron cambios de raíz que acentuaban el estado de confusión general en el cual se había sumergido.

Toda esta situación provocaba problemas en su trabajo que

no cesaban, el alejamiento de sus amigos y las discusiones con su esposa e hija que se incrementaban día a día.

El tiempo seguía transcurriendo y los intentos de Eleutario por modificar su situación, se veían pospuestos por la decisión del órgano de no integrarse nuevamente al cuerpo. Paulatinamente se estaba acostumbrando a estar sin cerebro. Ya era una rutina perder el peine todas las mañanas dentro de su hueco u olvidarse la dirección de su casa o mantener su escritorio hecho un caos por lo que discutía permanentemente con su jefe.

Esta circunstancia fortuita de no poseer cerebro lo desafiaba a sí mismo ya que debía mostrarle a los que lo rodeaban que él no era ningún descerebrado y que tenía la capacidad de afrontar cualquier problemática que se le planteara ofreciendo algún tipo de solución.

Esta permanente postura de mantenerse a la defensiva en todo tipo de circunstancias provocó que se agudizaran sus trastornos y que el entorno que lo rodeaba se alejara cada vez más del horizonte de su vida. Eleutario comenzó a sufrir el síntoma del descerebrado: la auto-aislación por ignorancia. Se internó en su propia casa para cuidar a su órgano hasta transformar esta condición en una paranoica dedicación.

Habían pasado varios meses desde que lo echaran del trabajo, la paciente relación con su esposa se desvanecía poco a poco, cayendo en un abismo de discusiones y desprecios por parte de ella, quien ya no toleraba tener a un descerebrado como esposo.

Todo esto provocaba reflexiones permanentes en él que

notaba cada vez más su alejamiento de la realidad sin tener la fuerza suficiente para poder rectificar el rumbo que detentaban las circunstancias.

El segundo martes de diciembre antes de cumplir con la rutina de bañar a su cerebro, se disponía a tomar una ducha como todas las mañanas. Al entrar a la bañera piso un pequeño charco de agua y resbaló de tal manera que la cabeza rebotó en el borde del lavatorio, provocándole un desvanecimiento que lo mantuvo unos minutos inconsciente.

Cuando despertó, lo hizo imbuido de una ira atroz y sin pensarlo fue en busca de su cerebro al que le gritaba y culpaba por todas las desgracias que le ocurrían en la vida. Con la actitud típica de un descerebrado agarró al órgano con sus manos y le gritó que volviera a su cabeza en ese instante. Sus pupilas dilatadas e inyectadas en sangre denotaban un estado de furia descontrolada y al notar en el cerebro una reacción de apatía y rechazo fue que tomó la decisión de deshacerse de él.

Comenzó a presionarlo con ambas manos hasta que se puso cianótico, cuando el órgano ya no tenía reacción alguna y el color se había tornasolado, Eleutario se asomó por la ventana de la cocina que daba al patio de aire y luz interno..., y lo soltó.

El cerebro cayó velozmente y rebotó en el toldo que cubría uno de los departamentos de planta baja, terminando su terrible caída en el piso del patio del departamento contiguo.

La ira de Eleutario fue transformándose gradualmente en una alegre locura que manifestaba a los gritos de "*me saqué un peso de encima, la verdad no lo quería*" cantando con una hilaridad esquizoide, mientras bailaba y saltaba por todo el departamento, al tiempo que se desnudaba por completo.

Luego de unos minutos comenzó a desaparecer la euforia,

y como si nada hubiese ocurrido se dirigió a la cocina para preparar el desayuno. Comió un pan francés untado con salsa de tomate del día anterior y mientras dejaba enfriar un vaso con agua, lo empezó a embargar una extraña combinación de sentimientos de culpabilidad, pesadumbre, alegría y miedo.

Por primera vez desde que perdiera el cerebro sentía pánico, temía a lo desconocido, a lo que le pudiera ocurrir ignorando el destino que le depararía los acontecimientos sin tener certeza, que con la ausencia del cerebro pudiera afrontar la realidad que lo atemorizaba. Tenía un presagio sobre un futuro nefasto si la pérdida del órgano era definitiva. Y así sería si no curaba sus heridas y lo recuperaba.

La conducta de Eleutario había comenzado a exhibir daños cerebrales irreparables. Se inició en su interior una amplia aflicción, se agrandaba su arrepentimiento y su remordimiento por lo realizado era atormentador. Quería re encontrarse con su cerebro para hablarle y pasar a ser otra vez una identidad única. Después de meditarlo por un rato largo, decidió que lo mejor era ir por él.

Bajó las escaleras del edificio casi volando, saltaba de a tres los peldaños para poder llegar más rápido al departamento de la planta baja donde había caído el cerebro.

Una vez que lo tuvo en sus manos no dudó en decirle cuanto lo amaba y que quería pasar el resto de su vida con él.

Con mucho cuidado lo subió a su casa. Lo llevó al baño para lavarle las heridas mientras trataba de convencerlo de lo bueno que sería que volvieran a ser uno mismo.

Al terminar con el lavado fue al dormitorio, se sentó en la cama abatido por completo y se echó a llorar por todo lo sucedido. Fue en ese momento que el cerebro adoptando una forma felinesca saltó rápidamente al hueco de su cabeza y se acomodó nuevamente en su sesera.

Por un instante pasaron muchas cosas por su cabeza, fue un segundo en donde vio transcurrir su vida entera. Se le reflejaron los recuerdos de todos los hechos significativos de su vida. Recordó el día que siendo adolescente abandonó su hogar, sus estudios, el día de su casamiento, el nacimiento de su hija, al que no asistió; las eternas discusiones con su esposa, el desprecio manifiesto de su hija por él. Los maltratos en el trabajo.

Las imágenes vertidas por el cerebro y recordadas por Eleutario lo hicieron reflexionar acerca de los errores cometidos, la pérdida del trabajo, la separación de su esposa, el abandono de su hija, el alejamiento de sus amigos.

Intentaba, con la caída de su cerebro, tener un motivo que le sirviera para encubrir sus acciones pasadas. Buscaba ese algo extrapersonal que sumado a un estado de confusión y desidia le sirviera de alivio para justificar y disculpar sus acciones pasadas.

Su cerebro se movió y terminó de acomodarse, fue entonces cuando pudo reconocer que su vida había sido una sumatoria de errores de los cuales estaba empezando a arrepentirse.

Decidió poner fin a sus acciones y juró que nunca más cometería otro error, había llegado el momento de tomar conciencia de que sus actitudes egoístas, irreflexivas e ineficientes lo habían llevado a esa situación.

Comenzó a caminar como perdido por el departamento, pensaba en la solución, el momento de cambiar había llegado. Buscó una pistola que guardaba en el placard y desnudo como estaba, se dirigió al baño, se adentró en la bañera y se disparó un tiro en la cabeza.

Animales

Se veía todo el cielo con un azul muy profundo, casi negro. En el medio, la luna redonda y blanca, resaltaba incandescente, iluminando cada movimiento de las nubes, que formando copos de algodón, flotaban en el aire. Ariel, estaba acostado quieto, mirando el cielo como si la noche lo hubiese secuestrado. Atrapado y amarrado a la magia nocturna, pensaba que bello era todo aquello preguntándose ¿Cuántas personas tendrían la oportunidad de apreciar en vivo, lo hermosa que era la naturaleza? Se sentía uno de los pocos privilegiados; Y no perdería oportunidad de disfrutar al máximo, todo lo que la creación divina le estaba regalando.

A lo lejos y desde la posición en que se encontraba, podía ver como un elefante, inmenso como una montaña, se movía lentamente, provocando una polvareda a su alrededor. Balanceaba su trompa, como raspando el suelo y la levantaba, arrojándose tierra en el lomo, sin darse cuenta como algunos pájaros salían despavoridos, ante la llegada de la nube de polvo.

El espectáculo de los animales siempre lo había impresionado, no entendía como Dios proveía al universo, criaturas tan diversas y diferentes al hombre. Miraba su cuerpo desnudo y lo comparaba con el de algunos monos que saltaban de un lado al otro, moviéndose ágilmente. Se desplazaban de

una rama a la otra, con saltos que sumaban en largo, varias veces su altura; con una de sus patas delanteras quedaban colgados, mientras que, con la otra, comían alguna fruta atrapada al pasar. En nada se parecían sus manos, ni su cuerpo a las de cualquiera de los animales que podía ver desde su lecho. Se maravillaba con la vista privilegiada que tenía y pasaba horas enteras mirando animales que lo cautivaban con sus movimientos y reacciones inesperadas. Se sonreía, pensando que algunos de sus lejanos amigos, ni siquiera conocían todo aquello, y él sería el encargado de relatar las peripecias de los animales, teniendo la oportunidad de incorporarse en alguna hazaña deseada y no realizada, agrandando la anécdota.

La majestuosidad de esos seres, moviéndose permanentemente ante sus ojos, lo hacían sentir pequeño en el universo. ¡Qué maravilla, poder observar directamente este digno espectáculo! Qué envidia le tendrían tantos niños, que por vivir en otras zonas, no podían contemplar tan venerada presentación de los verdaderos dueños de la naturaleza.

¡Qué hermoso era todo aquello! ¿Cuánto se perdían, los que realizaban las virtudes de las ciudades, menospreciando la belleza de lo natural? La fauna lo atrapaba día tras día. Se sentía parte de ella, y se encontraba cautivado, hasta el punto de caer en la soberbia de creerse superior al resto de la gente, que no comprendía la vida silvestre.

No imaginó nunca la posibilidad de vivir lejos de los animales ¿Qué pasaría, si llegara el día en que no pudiese ver más al león rugiendo ferozmente o a la jirafa, siempre tranquila y alimentándose en lo mas alto del árbol? ¿Se acercaría ese momento? En sus pensamientos no había lugar para semejante idea. Las estrellas eran testigos del sufrimiento provocado por aquel pensamiento, que pronto se desvanecería, al aparecer en escena, el característico sonido de un búho, que sobrevo-

laba la zona en búsqueda de algún pequeño murciélago que pudiera satisfacer su hambre.

El cautivante almizcle que se apreciaba en cualquier momento del día era una invitación a curiosear y dejarse llevar por tan particular olor, encontrándose siempre, algún ejemplar cercano, que marcaba el origen.

Un día, su madre, se acercó para hablarle. Le dijo que tenía una sorpresa; y que, sabiendo cómo le gustaba y le apasionaba el universo exterior, seguramente lo alegraría. Fue entonces, cuando comenzó a contarle que la semana siguiente, cambiarían de vivienda por la necesidad de obtener mayor espacio y que disfrutarían mucho más de la naturaleza.

La noticia lo conmocionó. Por un momento se le cortó la respiración, de manera tal, que quedó paralizado por un instante. Lo primero que sintió, fue una terrible angustia, pensando en que ya no volvería a disfrutar de los animales. La idea se le reflejó en la cara. La madre que conocía al dedillo sus gustos, aclaró, que como lo habían tenido en cuenta para la elección de la nueva casa, la recompensa sería tener un “espacio verde propio”. La propuesta no lo convenció y estuvo, a partir de ahí, toda la semana llorando desconsoladamente. No existía forma de calmarlo. Su corazón estaba exhausto y angustiado.

La madre no entendía el porqué de su llanto, el lugar sería más grande y él tendría lo que siempre había querido: estar más cerca de la naturaleza.

Finalmente llegó el día... él se resistía a abandonar su lugar. Era su vida, se lo había ganado con pasión, con amor, con convicción.... Llorando... lo hizo, se mudó.

La madre seguía sin entender. Por qué prefería perderse la oportunidad de tener un jardín propio, en reemplazo de aquella pequeña ventana de su habitación con vista al zoológico.

Cuando el alba se haga contigo

Laura va, con su fina ropa blanca, siguiendo los pasos del maestro. No va sola y en este verde bosque, su vida siempre estará cerca y lejos, tal vez a 18 minutos del sol.

Aunque ella no quiera, durante el camino Maribel se durmió y en los libros de la buena memoria escribirá su plegaria para un niño dormido... para recordar el pasado escrito.

Después de haber despertado Laura, le gritó a Maribel:

—No te alejes tanto de mí.

—yo quiero ver un tren mamá. —dijo Maribel.

—Ese es tu sueño de hoy pero será imposible por qué estás en mi sueño. Hay que acercarse más al sol para soñar. Vení sigamos caminando.

Como una serpiente de gas que se desparrama velozmente en el aire se escuchan los murmullos de la noche... Laura seguía junto a su hija y buscaba distraerla con charlas, para que no escuchará las voces.

—Cuando te acerques más al sol sufrirás mucho calor, tendrás la sed verdadera; tu cuerpo será como un telgopor derriéndose. —vaticinaron las voces de la oscuridad.

—Mientras esté con Maribel, nada me hará daño, ni a ella, el barro tal vez, si calienta, pero sólo el amor puede sostener nuestro norte de nada, y por eso seguiremos. —desafió Laura.

—No confundas lo real con tus sueños o deseos. Estás aquí sola con tu sexo y eso no es bueno para el destino. No seas kamikaze, detén tu marcha y no continúes tu camino.

—Bah.., sólo son supercherías, es amor y del más puro, porque el recuerdo de Maribel sigue viviendo conmigo y cuando él muera tu vendrás a juntar mis días. —dijo Laura.

—No, yo sólo digo lo que veo y tu tonta luz me enceguece. No veo con los ojos, sólo con tu alma. —proclaman las voces.

—No eres más que una oscura voz sin vida. Te derrotaré llevándote al cadalso temporal. Quiero un mañana y lo tendré sin ti. —amenaza Laura y aferrándose al recuerdo de Maribel.

Un rayo de luz se vislumbra en el cielo invertido... pero es la medianoche... No habrá un destino incierto, el sol se alejó. “Dale luz al instante” escuchó Laura de una voz dulce que le llega del más allá... Todo parece ser un divino presagio de lo que vendrá... es la voz de Maribel que siempre está.

—Estamos llegando al fin de nuestro viaje, cruzaré el umbral de la luz contra todos los males de este mundo. Eso será mi escape hacia el alma sabiendo que tu nombre sobre mi nombre no podrá imponerse y que tus sonidos caerán derrotados por una flecha zen. Como un perro, beberás el agua de la miseria... —le dijo Laura a las voces.

—Sólo soy tu voz interior, yo no puedo dar sombra soy parte del aire un sentimiento que busca asilo en tu corazón y que quiere mantener el recuerdo de Maribel.

—Rezo por vos, pero tendré el mundo entre las manos, cuando el alba sea haga contigo porque en ese momento el amor, Maribel y yo te habremos vencido.

Insomnio

Los ojos hinchados, los oídos despiertos a sensaciones musicales y los pensamientos alertas. El insomnio tiene su lado positivo. No todo es pesadumbre y deseos frustrados de no lograr el sueño querido.

Es la noche gorda con su pesado sobrepeso que nos aplasta sobre las espaldas y no termina de concluir su misión. La de pasar hasta la mañana siguiente. Parecería ser como que la que duerme es ella para nunca más despertar y sostener mi vigilia a la espera del amanecer.

Los parpados bajos obligan a mantener la oscuridad necesaria para poder obtener la conciliación del sueño, pero no hay ceguera que lo logre. Debajo de ellos se desarrolla todo un film completo con imágenes pensadas que no son sueños. Imágenes recordadas, imaginadas. Y es así.

Los números del reloj se agrandan cada vez más. A los pocos que había de pasadas la una, se sumaron varias vueltas que llegan a tres con cuarenta, lo que suma un total de casi doscientos minutos de desconcierto.

Desconcierto que por otro lado es concierto, ya que suena música sin parar almacenada en la computadora, sucediéndose así, temas de jazz, de rock sinfónico, de progresivo nacional como mezclándose para un imaginario debate de gustos y deleitando a los noctámbulos sueños que no son.

Pensamientos de las tareas que vendrán, de los momentos vividos y de los futuros serán una mezcla incoherente con los deseos que comparten imaginaciones de lo que debería ocurrir para alcanzar esa tan deseada paz que permita el descanso.

Sonidos, imágenes y ahora palabras escritas forman parte del universo del insomnio que se resiste a la mudanza de persona. Está muy cómodo el turro en mi cabeza, que a juzgar por su consistencia debería compararlo con un quiste, de esos que sólo mediante una intervención quirúrgica salen de su alojamiento.

Pero quizás esta intrusada sea sólo por hoy... si, es así. Porque el próximo insomnio se ubicará en el día de mañana. Por hoy sólo tengo éste insomnio... mañana será otro. No es siempre el mismo... rotan, son como entes separados que van viendo en que cabeza desocupada introducirse.

Bueno creo que es muy tarde y quiero dormir. Los minutos siguen muriendo... El reloj va a estallar de tanto que corre. No hay forma de descanso alternativo, "te llevo bajo mi piel" cantaba Diana Krall o quien sabe quien ¡ya no sé quien era! ... creo que eran voces en mi cabeza que le hablaban al insomnio.

Siempre me gustó el café

Para el desayuno, para la merienda, como cierre de alguna comida, como excusa para una reunión de negocios, como estrategia de comunicación para conocer una mujer... el café es siempre especial. Tiene algo mágico, místico y el hecho de invitar a tomarlo, encierra un sinfín de significaciones, que siempre se conocen con posterioridad a su ingesta.

Hace casi diez minutos que estoy sentado en un bar, pensando las bondades del líquido que adoraban los indígenas. Busco al mozo con la mirada para efectuar la típica seña que hacemos todos al pedir un café. Lo veo a través del vidrio, levanto la mano y formo una letra “c” con el dedo gordo y el índice. Al verme, se acerca a preguntar qué deseaba, como si hubiese esperado la señal para atenderme. Le contesto tajantemente. “Un café chico”, sin mayor atención dice: “Okey” y se va.

Pasan varios minutos hasta que lo trae. Deja el contenedor de azúcar y edulcorante, un vaso con agua y finalmente el café cubierto con una espuma amarillenta, que no permite saber si se trata de un cortado o de un café puro. Mientras el mozo vuelve al interior del local, rompo un sobre de edulcorante, que desdibuja el hilo de humo emergente del pocillo y me doy cuenta de que no es un cortado. Le doy un primer sorbo, y

entre tanto, espero ansioso la hora decisiva del encuentro con Griselda.

A ella, como a mí, también le gusta mucho el café. Siempre toma. Excepto cuando las cosas en su cabeza no están bien, en ese caso pide agua sin gas. Como cuando la conocí. Mientras yo pedía un café tras otro, ella no dejaba de tomar agua, porque había cortado una relación de años el día anterior, y sus ideas no terminaban de ordenarse.

No sé si tengo ganas de encarar esta charla. Va a ser dura, inflexible, ríspida. Ni siquiera con el café humeante de por medio podrá suavizarse. ¿Cuántas tazas llegaré a tomar? Tres, cuatro quizás. Dependerá de cuan tensa se ponga la conversación. Quizás se termine pronto y no tenga que tomar más de uno. ¿Cómo tomará Griselda mi decisión de terminar con ella? ¿Se enojará y me insultará? ¿O quizás sólo acepte la idea y punto? ¿Quién puede saberlo? Era previsible este final, hace tiempo que no estamos bien y desde hace ya, cuatro meses, que no hacemos el amor. Nuestras charlas rondan siempre en lo mismo: el hijo que no quiero tener.

Miré el café, ya no salía humo, al darle un sorbo me doy cuenta de que se había enfriado mucho. No quiero que eso ocurra. Siempre que comienza a entibiarse, mis últimos dos sorbos son más grandes que lo habitual para terminarlo de golpe sin dejar nada en la taza. Y eso hice para terminar el primero de la tarde.

Seguiré esperando a Griselda, mientras ansío otro café. Me prometió que vendría puntualmente. Yo me adelanté para disfrutar a solas la bebida mientras pienso la estrategia de cómo entablar la charla que nunca imaginé tener con ella. Este último tiempo se había puesto muy insistente con la idea de tener un hijo y desde que nos formamos como pareja habíamos pactado que las dos condiciones inquebrantables eran:

la fidelidad irrompible y la de no tener hijos en los primeros años de relación.

Soy muy estructurado y respetuoso de las normas preestablecidas y pretendo mantener los códigos edificados con una base honesta. Nunca le fui infiel, ni ella a mí. Y sigo con la idea de no tener hijos hasta que cumpla los treinta. Quiero obtener mi título profesional y después pensar en establecerme, sin el condicionamiento y la obligación de ser padre. Ella cambió. Su aproximación a los cuarenta la atemorizó, se ablandó, se sensibilizó. Dice que se le viene la vida encima. Que después será tarde y que ya no podrá engendrar, o que si lo hace muy tardíamente el bebé podría salir con alguna deficiencia genética.

Se acerca la hora de su arribo y el acortamiento de los tiempos me provoca taquicardia. Debo calmarme. Pediré otro café para que su compañía estimule la firmeza de mi decisión. Me doy vuelta y miro al interior del bar. Sólo veo los reflejos del tránsito en la vidriera. Detrás de ellos figuras humanas que se mueven de un lado al otro. Hago una seña con la mano, a ciegas, sin saber a quién. Acerté, era el mozo.

Con Griselda siempre nos reuníamos en bares distintos. No nos gustaba hacernos hábitos de un lugar, sino que queríamos comparar la calidad en la preparación de las infusiones de cada lugar. Este bar lo había elegido ella. Yo no sabía por qué. Parecía lindo pero nada extraordinario. El café del lugar es bueno. Tiene buen color, aroma y está preparado con la molienda justa. Quizás se disfrutaría más si el mozo fuese más simpático, ya que el folklore de disfrutar un café en un bar, no sólo pasa por el líquido en sí mismo, sino también por el marco contextual en donde se consume. La estética del lugar, los aromas reinantes, el murmullo, y hasta la calidad del pocillo, hacen del negro elemento, un trago que despierta todo tipo de sensaciones más allá del gusto. Se toma con la vista, con el olfato, con la audición. Hasta podría decirse que es el elemen-

to por excelencia utilizado en cualquier terapia psicológica. O acaso cuando la depresión se hace presente lo primero que uno hace es ir a tomarlo con un amigo como si su sabor fuese a resolver algún problema. Es el remedio para alma y siempre dice presente: en un amor, en un encuentro, en un negocio, y hasta en una ruptura, como la que voy a generar en un rato con Griselda.

No creo que ella se merezca el sufrimiento que le voy a generar. Pero a la luz de los acontecimientos, no podemos seguir así. No estoy preparado para ser padre y este tema nos ha traído roces y disputas que no se solucionarán si ninguno de los dos cede. En posiciones tan enfrentadas, la solución pasa: o porque una de las partes capitule, o que dé un paso al costado y se aleje. Y esto es lo que haré.

Es un buen argumento para exponérselo. Supongo que entenderá mi postura. No estoy trabándole el camino, simplemente se lo dejo libre para que encuentre otro hombre que tenga los mismos objetivos. Antes que la situación se torne insostenible y quebrante las condiciones de fidelidad, prefiero esta salida.

El bocinazo de un taxi me despierta y me trae a la realidad del bar. Y entonces me acuerdo de mi pedido. ¿Por qué tarda tanto el mozo? Ni bien termino de pensarlo, veo que el mozo viene con una bandeja. Se acerca y me deja el pocillo, otro vaso de agua y un pequeño plato con dos masitas secas, que antes no había traído. Rompí un sobrecito de edulcorante y observaba como el polvo iba desapareciendo poco a poco en la espesura de la espuma, como si una diminuta embarcación fuese tragada por un remolino en el ojo de la tormenta. Aumenté la velocidad del torbellino cuando introduje la cucharita y revolví, adueñándome en ese momento de la letra de Cátulo Castillo que entonaba en mi interior: “miro la garúa

y mientras miro, gira la cuchara de café...". Al recordar la estrofa, mi mente se va con la letra y su melancolía me hace sentir protagonista del mejor de los tangos. Comienzan a aparecer en mi memoria distintas letras y las mezclo, "rencor", "el último café", "vida mía" y tantos otros que en algún párrafo identifican este momento que viviré cuando llegue Griselda. Cualquiera podría ser. Pero esta vez la malvada no es la mina, sino que el tipo la quiere dejar para cumplir con su sueño profesional.

Salgo de este mix tanguero cuando me doy cuenta que la temperatura del café comenzó a bajar. Tendré que tomarme lo que queda de un sorbo antes que el frío se apodere de él. Faltan sólo unos minutos para que llegue mi futura ex pareja. Si supiera con exactitud que arribará a tiempo, me adelantaría a pedirle un café cortado, como a ella le gusta, para suavizar el momento posterior cuando tenga que decirle que la dejo. Sé que en ese momento pedirá agua. Dejará el café y comenzará a beber hasta que el medio litro de la pequeña botella se consuma. No quiero enfrentar ese momento. ¿Y si se niega a entender? ¿Y si me ruega que no la deje? ¿Qué haré? No soy capaz de verla llorar. La quiero demasiado como para que la frase que nadie quiere escuchar: ¡No va a funcionar! surja de mis labios, tal como si nada hubiese ocurrido entre nosotros. Son muchos momentos juntos, demasiados cafés compartidos, como para desestimar un cambio de postura, si me lo pidiese, y no sabría qué hacer.

Puedo verla en la esquina, a través de los colectivos que están pasando, que espera el cambio de semáforo para poder cruzar la avenida. Siento una rara sensación de que no es la misma, de que hay algo en ella que desconozco..., ¿será quizá que al negar su figura me resisto a decidir sobre mi futuro que es el de ella también...? No lo sé... es posible.

El tráfico es muy intenso en este lugar del centro de la ciudad, por momentos el ruido es ensordecedor al punto que grito: ¡Mozo! sin que nadie me escuche. Vuelvo a vociferar, llamándolo, para adelantarme al pedido de Griselda. Esta vez me vio y se aproxima. Le pido otro café y uno “cortado” para la persona que espero.

Ya cruzó, se aproxima por la misma vereda en la que me encuentro. Camina raro, no parece la de siempre. Quizás me parece extraño, porque nunca presté atención a su andar. Su cara indica que sabe. Si..., se lo debe haber imaginado cuando combinamos en venir a este bar.

Me saluda. Su voz en ese momento no era la de siempre. Era el tono de alguien que sabe que va a sufrir una ruptura, que siente una angustia, o una resignación por los hechos que se aproximan sabiendo que no podrá tener a mano una acción que modifique el final del relato.

Quedan unos segundos para que de mi boca salgan las palabras que modificarán el curso de dos vidas, o de tres si se piensa en el hijo que no quiero tener. No estoy totalmente convencido porque no creo que ella se lo merezca. La sigo queriendo. Me siento ruin y miserable, pero prefiero esto a sentirme traicionero. No quiero romper los códigos de convivencia, la infidelidad es uno de ellos y no podría con mi alma si hubiese caído en la red amorosa de otra mujer engañando a Griselda. Antes que la traición, elijo la sinceridad, por cruel que ésta sea.

Nos besamos fríamente con un toque de labios. Dejó su cartera en una silla y se sentó frente a mí. No bien apoyó los codos en la mesa, se acercó el mozo con el pedido que yo le había hecho. Griselda me miró y sin dejar que apoyará su café, dijo: “Yo prefiero un agua sin gas..., natural.”

Inmediatamente supe que estaba al tanto de lo que ocurriría minutos después. Pero, para mi sorpresa y antes que el mozo trajera su botella de bebida dijo seriamente:

“Tengo que decirte algo muy importante.” —Te escucho. —dije con estupor y casi sin entender como se había dado vuelta la situación: la que hablaba era ella y el nervioso oyente era yo. “Vine a este lugar porque es especial para mí. Hace cuatro meses, aquí, conocí a otro hombre, del cual estoy muy enamorada. Quiero terminar nuestra relación porque estoy embarazada de él.”

Como si el mundo se desmoronara a mí alrededor quedé sin reacción racional. Ni siquiera recuerdo cuando el mozo trajo el último café. Todo el entorno se borró. Nada quedaba junto a mí. Sólo estaban en mi mente las últimas palabras de Griselda y las frustraciones sentidas por haber sufrido un rompimiento emocional inesperado.

Pasaron más de dos horas luego de que ella se fuera y mucho sudor generado por mis nervios que no dejaban de entumecerse más y más, reaccionando al baldazo de agua fría recibido. Mi mente no estaba clara y debía recuperar el líquido perdido.

Recién después de consumir tres botellas de agua entendí que ésta, ayuda a soportar mejor las malas noticias porque no permite la deshidratación emocional. Es como si refrescara el alma, no es como el café, que entibia sensaciones, por el contrario al agua las enfría.

Por eso ahora puedo explicar porque luego de tomar cientos de cafés y aunque siempre me haya gustado, ya no pude volver a probarlo.

Tomar partido

El bolso repleto de ropa mal doblada aplasta el par de zapatillas. Las sábanas y la frazada aumentan, aún más, la altura de la almohada, que descansa debajo de ellas. La mesita de luz es pobre, sólo un apoyo, sin cajón, ni puerta.

La iluminación es triste, la única bombita existente de veinticinco watts, titila para quemarse. Las paredes son blancas y pálidas, están sucias, escritas y rayadas. El resto del lugar se halla vacío, sin vida, en penumbras, sombrío.

Llegué hace horas y no puedo hacer otra cosa que pensar. Quizás si lo hubiese hecho antes no hubiera llegado hasta aquí. Pero ya no es tiempo de reflexionar, ni de afligirse, tengo que ver cuál será mi futuro. Debo permitirme la chance de sentir sin pensar. Pienso que siento. Lo descubro: hastío, soledad, son como sorbos de aceite de ricino, imposibles de tomar pero efectivos en sus efectos. Esto es lo que siento y no puedo evitarlo. Desde que leí la carta me invadió el abandono. Creció el desamparo, el desprecio...

De las cosas que traje, sobresalen dos libros de tapas duras con lomo oscuro y sin títulos impresos. Se confundirán con la Biblia quienes no sepan que pertenecen a una colección de varios tomos. De uno de ellos sobresale un pedazo de papel, se nota una hoja de cuaderno, arrugada. Es la última carta que me escribió Susana. La tomé para leerla nuevamente.

Guardada dentro de los primeros versos de Alfonsina Storni, igualaban en tristeza el final de la poetisa. “Quizás me odies por lo que voy a decirte...” rezaba la primera línea. Las letras del último adiós no llegaron a su final deseado... el de seguir siendo amigos. No podría ser amigo. O todo o nada. No me van las medias tintas. En la vida siempre hay que tomar partido: perro o gato; té o café; fútbol o rugby; novios o nada. Nadie podría sospechar que la relación de ambos estaba deteriorada. Éramos una pareja feliz, jamás me hubiera imaginado discutiendo o peleando. Nos amábamos, nos queríamos como habiéndonos encontrado el uno al otro. No entiendo el final y menos aún el principio de todo. No sé como empezó, sólo sé cómo va a terminar.

No sabía qué hacer, me senté en la cama, quise pensar. No pude. Los recuerdos vinieron a mi cabeza lastimando la memoria. De repente, aparecieron los espantosos estruendos de aquel día. Las imágenes sobrevolaban por sobre la luz. No quería verlas, me tapé los ojos. Me arrojé hacia atrás. Quedé atravesado en el colchón desnudo. Me ahogaba con recuerdos, no soportaba más. Quería gritar...Estaba cómodamente adormecido. Me desperté. ¿Dónde estaba? No entendía. No veía. Estaba a oscuras. Tanteando las paredes llegué hasta una puerta, busqué el picaporte. No estaba. Me di vuelta buscando la salida. No existía Me desesperé. Tanteaba a ciegas el aire espeso. Corrí hacia el otro extremo, tropecé con algo que me hizo caer. Me levanté desesperado. Corrí nuevamente, llegué al otro lado, había sólo una pared muda. No veía mi cuerpo, mis pisadas. Reaccioné... no era oscuridad, estaba ciego. El desaliento me asfixiaba, mi respiración reagitaba. Quería gritar y no me salía la voz. Intenté calmarme. No pude. Los sonidos del silencio exasperaban y los ruidos de las balas me aturdían. Se repetían una y otra vez. Comencé a sentirme mal, perdí el equilibrio, caí desmayado.

Seguía cruzado en el colchón como me había dormido. Estaba soñando con una opresión en el pecho que no me dejaba respirar. No soportaba más el peso de la carta. Me quedé dormido con ella en la mano. La arrugué con ira, la alise con amor. Me pregunté: ¿Había hecho bien? Sentencié: ¡No..., fue un error! No podía razonar lógicamente. El aplastante agobio iniciaba su camino. El tiempo era mi pena. Me condenaron a pensar y a sentir el resto de mi vida. ¿Cuánto duraría el suplicio? Soy el artífice de mi destino, no puedo quedarme a mitad del camino de llegada.

Me asomé buscando gente. No hallé a nadie. Regresé a la cama. Tomé una de las sábanas, la estiré, mientras me arrepentía de los seis balazos que rompieron el corazón de Susana. La enrosqué como una soga y la até en lo alto de la reja...

El carcelero me encontraría muerto pero viviendo mi propia condena.



Tarea para la escuela

Sandra se vio sometida a la obligación de responder a la pregunta de una de sus alumnas de quinto grado que no podía aguantar más su curiosidad y que despidió sin anestesia —Seño, ¿Qué es ser virgen?

Como toda persona adulta que se precie de tal, la primera reacción de la sorprendida maestra, es seguir con la tarea que realizaba pensando aceleradamente cual será la contestación evasiva que la salvará de dar la respuesta correcta.

Los segundos siguen pasando y como si fueran horas de entrenamiento físico, la transpiración en la nuca empieza a aparecer, sin importar que los escasos dos grados de sensación térmica congelan todo a su paso.

La mirada de la nena permanece tan firme y expectante como desde hace 30 segundos, que para la docente representan el equivalente a un fin de semana secuestrada en una cama de torturas... No bien movió los labios para decirle lo que había pensado: “mirá creo que en tu casa, mamá te lo responderá mejor que yo”, y de esa forma eludir cualquier tipo de palabras complicada que pudiera llevarla a una situación incontrolada, la nena se adelantó y dijo: “porque en mi casa cada vez que pregunto no me contestan...”, comentario que, echó por tierra cualquier estrategia de la conmovida maestra

para esquivar la respuesta, generándole un instinto homicida hacia los progenitores de la niña.

En apenas pocos segundos y casi razonando al mismo ritmo de Einstein, decidió que era mejor darle una charla para que entendiera que significaba ser virgen y sacarse de encima la mochila de la pregunta que a esta altura parecía estar llena de plomo.

Se paró de espaldas al pizarrón y empezó a explicar que al tener un hijo una mujer dejaba de ser virgen... comentario poco afortunado que disparó preguntas como “¿no es cierto que para tener un hijo tiene que haber un hombre y una mujer? A la que se sumo una polémica, cuando se escuchó a otro chico decir desde el fondo: “Que hambre nene, las lesbianas no necesitan un hombre”.

A esta altura de la conversación, las neuronas de la incómoda Sandra se pedían disculpas unas a otras por haberse metido en un laberinto sin salida. Casi al borde de un ataque de nervios y el rompimiento de la sinapsis ya no quería escuchar más preguntas ni comentarios... Pero si el tema es apasionante para un adulto, más aún para un chico de quinto grado que recién empieza a descubrir la vida. Y entonces los comentarios y las preguntas siguieron... “Seño después de tener hijos se puede ser virgen, ¿no?” ... “¿Un viejo puede ser virgen?” ...

En el ambiente se respiraban dudas sexuales... pero la aspirante a escapista de Houdini, lo único que sentía eran los 300 grados centígrados que le subían a la cara... Para refrescarse y encauzar la evasiva por otro lado, decidió tratarlos como adultos y decirles: “¿pero si ustedes saben todo, para que me preguntan?” Si tienen dudas para eso está el diccionario... agregó y como si hubiese sido una palabra mágica y después de meses de lucha por que usaran el bendito libro, logró que los 23 alumnos decidieran tomar cada uno el suyo y buscar el

significado de “virgen”. Al encontrar el resultado uno se paró y empezó “persona que no ha tenido... bla bla...” “¿Qué significa “bla bla”? preguntó otro... A lo que le susurraron “eso del sexo”... generándose una risa generalizada...

Las risotadas, las bromas y los comentarios entre ellos ya eran incontrolables... Fue entonces cuando la autoridad docente apareció y para terminar con la charla explicó que una mujer al tener hijos dejaba de ser virgen y a continuación y como nunca falta un alumno que quiera resaltar sus vicisitudes de actor, se paró y a los gritos repitió: “Chicos, la seño tiene un hijo, no es virgen..., la seño no es virgen.”

Dicho comentario a modo de salamandra, aumentó aún más la temperatura en la cara de Sandra, pero al mismo tiempo le sirvió como un bálsamo refrescante y como la mejor excusa para dar por terminada la charla, aconsejándole a los chicos que hablaran con los padres... y pensando al mismo tiempo que antes de empezar a hablar con los chicos de temas sexuales, mejor asegurarse de que en la casa no le hayan dado tarea para la escuela.



Desde anoche que no como

Estoy acá sentado quietito desde hace varias horas, creo que a esta altura estoy muerto. No me dejan ni mover estos alcahuetes. Es cierto reconozco que me equivoqué y por eso siento algo de culpa, pero algo nada más, porque soy un necio que nunca escucha a los demás. Tal vez si lo hubiese hecho, digo escuchar a alguien, el curso de las cosas no hubiese sido el mismo. Pero nadie lo sabrá, ya que no se puede volver atrás y tampoco puedo modificar los hechos y sus consecuencias. ¿O fueron las consecuencias las que me llevaron a los hechos? No sé... quesejó.

Tuve una infancia de mierda, triste, cagado de hambre, siempre en la miseria y en las bajezas a las que nos lleva no poseer ni lo mínimo para subsistir, celando a los que tenían un mejor vivir y una familia constituida.

Y con esto último no podía entender como mis compañeros de sexto grado, el último que hice, podían llevar bien y tener una relación cariñosa con sus viejos ¿acaso cuando se emborrachaban como el mío no les pegaban como a mí? ¡Vamos...! ¿A quién quieren hacerle creer que les contaban cuentos, les daban besos y les traían regalos? ¡Manga de mentirosos! Y encima la maestra les pedía redacción con tema la familia y los falsos empezaban con “mi mamá me mima mucho” como

si las madres hubiesen sido distintas y tuviesen tiempo para perder en boludeces...

¿Por qué no contaban como los mandaban a pedir limosna a la estación del tren como a mí? ¿Quieren esconder y falsear su vida? Manga de turros ¿O yo era el único que tenía que salir laburar? Mentirosos. ¿Pero que van a saber esos caretas? Si capaz que tenían todo servido. Se mandan la parte de poder bañarse con agua caliente y todos los días encima... como si fuera posible.

Algunos mentirosos decían que comían cuatro veces por día... ¿donde la vieron? Me acuerdo que una vuelta tuve que faltar una semana porque en el cumpleaños de Carlitos después de tres días sin comer me mandé catorce panchos... y dejé sin nada a muchos...

Después de esa descompostura me juré a mi mismo que nunca más me faltaría para comer y por eso decidí empezar a ganar plata propia. Me acuerdo que la primera vez que gané fue un día que un gil llevó plata para comprar un libro y se le dijo a todos que la tenía guardada en la cartuchera... Una semana completita me duró. Me la pasé comiendo hamburguesas, papás fritas y alfajores en el bufet de la escuela que no conocía. Ahí nomás decidí largar la escuela, después de que me echaron. Igual, en mi casa no se enteraron hasta fin de año que mi vieja fue a buscar el boletín, porque yo hacía lo que quería... nadie me controlaba.

Empecé a juntarme con unos vagos que andaban por Constitución y mi vieja hasta empezó a tratarme mejor porque yo le llevaba algo de guita a ella. Los idiotas de mis compañeros no me saludaban más, porque decían que yo era un delincuente que no estudiaba. ¡pero qué caretas que eran, viejo!

Cuando terminaron la escuela no los vi más, entraron en la secundaria y yo pensaba estos nenes de mamá no saben los que es ganar plata. Y yo ganaba cada vez más, laburando

cada vez menos. Fue en esa época que conseguí un fierro que me regaló uno de mis amigos... y ahí despegué. Salía de caño todos los días... me había cebado. En cada semáforo me hacía la guita que antes ganaba en una semana haciendo billeteras en los colectivos.

Cuando viajaba sin laburar, a veces, escuchaba a los pobres giles que decían “la juventud está perdida... ” pero... ¿qué saben esos giles? ¿Qué me viene a hablar de educación? ¿Para qué? Para terminar en una oficina ganando lo mismo que hago en un par de días... Ni loco. Además terminé la primaria y con eso me alcanza para leer y escribir, se sumar dividir, restar y multiplicar... para que más.

Al fin de cuentas, la sociedad me debe algo ¿no? Yo soy la víctima acá, no ese pobre gil. ¿Quién le dijo que me gritara “anda a laburar” cuando le pedí las monedas... al final me hizo calentar al pedo y cuando saqué el fierro no me quiso dar la guita... ¡Se envalentonó el atrevido!... y bueno lo liquidé de un cuetazo, por gil... ¿Qué le pasa? Era la vida de él o la mía..., yo que sabía que en medio de los gritos estaba sacando la billetera, pensé que andaba calzado... y antes de que me madrugue lo hice cagar de un tiro al gil.

Cuando empecé a correr, me acuerdo que los pibes de la esquina me gritaban ¡rescatate, chabón! y uno grito ¡tirá el fierro!, menos mal que le hice caso, porque como nadie vio nada, es mi palabra contra la del cana que me agarró.

Por suerte la vieja va a seguir cuidándome y viene ahora a firmar el papel para que el juez me deje salir ... menos mal porque estoy cansado de estar sentado en el banco de esta comisaria de mierda y además desde anoche que no como.



Cosas de mozos

Hay momentos en que estar sentado en un bar depara sensaciones inolvidables. Como aquella vez que en un día de lluvia me crucé con una conversación que fue difícil de olvidar y por la que me inspiró a escribir esto. Charlas hay en todos lados, con fundamentos y sin ellos, pero con la poca consistencia de aquella no creo que haya existido otra.

La tarde estaba empezando a oscurecerse. Los nubarrones que se acercaban cada vez con mayor rapidez parecían querer hacer el trámite rápido de mojar la ciudad e irse.

Esta situación generó en el mozo que se encargaba de atender las únicas dos mesas ocupadas del barcito quisiera iniciar una conversación con su colega que sólo se remitía a quedarse parado junto a la barra, al lado del cajero que no abría la boca.

—Hoy estaba anunciado lluvia para la tarde-noche. —dijo el mozo, a quien nadie le respondió... Luego de alrededor de 15 minutos intentó volver a la carga pero fue interrumpido por un hombre que entró rápidamente, dejó una bolsa en el mostrador y dijo mientras se iba: —después paso, hay 40. —El único comensal sentado cerca de la barra lo mira indiferente y el mozo le aclara: —El interno 451 de la línea 101 me trae monedas siempre, sin obtener ni siquiera una observación ges-

tual de parte del tipo que seguía comiendo su guiso de arroz.

—¡Devolvé la boolsaa! —entona el gallego la canción de la Bersuit, riéndose y mirando al cajero que si no fuese por algún movimiento eventual parecía momificado.

Luego de unos minutos de silencio absoluto en las dos mesas ocupadas. Entran dos personas y se sientan, la primera dice dos cocas. —¿A nombre de quien pongo las gaseosas? —pregunta el mozo. —Si ya sabés que somos del hospital gallego, hace 3 meses que venimos todos los días, y siempre me preguntás lo mismo. —Yo para asegurarme. —replica el mozo.

Al volver a la barra el segundo mozo que estaba parado sin hacer nada dice: —¿conseguiste el diario el día del canillita? ¿cómo hiciste?

—Lo entregaban gratis en un semáforo, órdenes del gobierno... queseyó...

—Se viene un agua de aquellas— dice el otro como si el tema del diario estuviese totalmente acabado.

—Lluvia tropical —responde el gallego.

—En una hora para.—asevera con toda sapiencia el otro.

—Si, pero está cayendo granizo, no lluvia.—aclara el gallego, como si el dato fuese condición para que eso no sucediera.

—Y yo que me olvide la ventana abierta en mi casa.—agrega el otro. —sin recibir del gallego ni un solo gesto y como afianzando esa indiferencia agregó —Esta lluvia trae más calor.

El gallego se da vuelta a llevar el plato a la mesa y regresa rápido.

—Aumentaron los cigarrillos ¿viste?

—¿Qué problema me hago?... seguiré fumando igual. —
dice el otro al aire.

—Hoy creo que aumentan —responde el gallego.

—No mañana —asevera el otro, mirando hacia afuera y
continúa: —ya paró, cayeron poquitas piedras y chiquitas. —
sin respirar, ni dejar hablar al gallego, dice al mirar las mesas
de la vereda: —están buenas las sombrillas de plástico, por-
que no dejan pasar el agua.

—¿Qué cosa? —pregunta el gallego desorientado. —Que
las sombrillas de plástico están buenas, digo... —Ah, sii, son
buenas esas.

—Me voy a fumar a la vereda ahora que paró y antes de
que aumenten. Fijate si alguno quiere algo.

—Qué van a querer, si acá parece que en lugar de venir a
comer vienen a escucharnos a nosotros.



Monólogo de amor

Luego de varios días de discusiones matrimoniales y en un momento de reflexión el personaje masculino se sienta a escribir. Las luces se encienden sobre la mesa del comedor. El personaje está sentado escribiendo en hojas sueltas. Su voz en off narra la carta mientras la escribe.

—¿Existe el amor o es sólo una sensación imaginada y temporaria? No..., no es sólo eso... el amor existe..., pero es verticalista, es como un árbol, va de las raíces a la copa. Uno no deja de amar a sus padres o a sus hijos, pero en cambio, si podés dejar de querer a los amores laterales..., son las ramas que se pueden podar. Y éstas son las parejas, los tíos, los primos, sobrinos, queseyó... El amor es vertical, no hay duda.

Es doloroso que te digan que se acabó el amor luego de compartir años de felicidad, de tristezas, de compartir fluidos carnales que se transformarán en hermosos hijos, que, sin saberlo crecerán a la sombra de una mentira familiar... ¡porqué el amor, si no es vertical, no existe! Y si existe algo parecido, es muy cruel. Porqué se halla en personas que nunca se unirán, que nunca se encontrarán. Tendrán años de búsqueda sin encontrar a su otra media parte. O quizás lo sientan

aquellos que tienen sentimientos platónicos... O se encontrará en pasiones imposibles de primavera..., Pero seguro que nunca estará el sentimiento verdadero, ese que muchos dicen sentir al casarse... y que quizás sólo sea enamoramiento eventual. ¿No será que el amor una ilusión que se alimenta con el costumbrismo del paso del tiempo? ¿Uno se casa enamorado? ¿O sólo enamorado?, qué según el diccionario es prenderse de alguien levemente por un tiempo limitado. Y si así fuera ¿es proporcional ese sentimiento al tiempo que dure la pareja? ¿Cuánto más extensa, hay más amor? ¿O por el contrario se desgasta con el tiempo?

Pero... suponiendo que exista el amor. ¿Cómo se deja de amar? ¿Cuáles son las causas? ¿Cuál es la motivación interior para dejar de sentir? Debe existir la presencia de un tercero para determinar el cambio de sentimientos hacia otro? ¿Por qué se deja de querer a una pareja y nunca a un hijo o a la madre? Si es amor..., es amor ¿y entonces? ¿Por qué tiene que haber categorías sentimentales? ¿Será que se desgasta proporcionalmente con la intensidad con la que se contrajo y que las personas que no adquieren mucha intensidad sentimental al casarse, se dan cuenta al tiempo de que no era amor y determinan el fin de algo que nunca fue...?

Que difícil decir que ya no se ama... ¿no? Pero creo que mucho más difícil y doloroso es escucharlo y aceptarlo o admitirlo. Porque aunque uno tenga la certeza de lo que ocurre, es preferible en nuestro interior saberlo en silencio que escuchar de la persona amada ¿amada? que uno ya no es correspondido... La verdad duele cuando toca los sentimientos y por eso es bene-

ficioso no hablar con el cerebro, y también no escuchar al corazón ajeno que nos niega en ese momento.

Negar, esa es la cuestión.

Desde que a uno le dicen que no lo aman, se siente desprotegido, desamparado..., la persona más solitaria del mundo... y duele la soledad. Y más duele el desgarrar de la otra mitad, porque cuando uno ama se siente la mitad de otro. Y terminás desconsolada/o sabiendo que fuiste la mitad de alguien y de un momento a otro quedaste partida/o al medio. Molesta dejar el cincuenta por ciento de uno en el autor de la frase que nadie quiere escuchar...: ¡Ya no te amo!... Como si fuera tan fácil... ¡Por eso... el amor no existe! Eso no es amor... ¿Cómo te dejan de amar de un día para el otro? ...

Durante el tiempo que la verdad está oculta, la mentira no duele tan profundamente, porque la ignorancia del amor perdido no contiene dolor y desplaza el sufrimiento. ¿Pero... amor perdido o nunca tenido? ¿Existe el amor o es sólo una sensación imaginada y temporaria?... yo creo que el amor puro es lo contrario a una enfermedad física, duele cuando se va y te das cuenta de que existe cuando no lo tenés... (--)

Se escucha una voz en off de una mujer que grita: ¡Gordo, ya está la comida! Personaje masculino —Voy mi amor.

Se apagan las luces.



Y ella...

cayendo en mis manos

Cada mañana te miro como añorando y encuentro en ese mirar la luminosidad que irradias con tu reflejo. Este mismo que con su suavidad de seda y su textura superficial no es igualable a ningún elemento que pueda palpase. El movimiento natural que el viento provoca en tu cuerpo genera encantos y seducciones al pasar dibujando graciosas formas que abrigan ilusiones constantes.

Pero no todo es rosa, todo tiene un final... o un comienzo, la bonanza transcurre mientras que al mismo tiempo los temores de la vida, las pesadillas de los sueños y el horror del desamor sacuden tu estructura y las flores del mal te consumen el aliento y los sentidos.

Ya no podés resistir, tu fortaleza cae y tu gracia se pierde y queda inerte, tus raíces se desdibujan y caen en la confusión del tronco que alguna vez creció y maduró, tu personalidad débil absorbe los males sin saber combatirlos..., ya no tenés cariño, el sufrimiento va ganando y sólo el amor puede sostenerte.

Quizás encuentres algún día el sentimiento que te mantenga en pie, por ahora sólo son caídas sin tropiezos, problemas sin soluciones y amores sin encuentros.

Comienza la calvicie, los pelos se independizan de la melena y ella está cayendo en mis manos.

Dedicado al pelado Jorge.

Hay cada loco en la calle...

Habían pasado las 9 de la mañana y Roberto se preparaba a ir a comprar el diario y las facturas al centro del pueblo. Estaba cansado de esas vacaciones en las que sus hijas y su esposa dormían hasta el mediodía y él era el único despierto de la familia. Había soñado con las vacaciones ideales en un lugar paradisíaco rodeado de maravillas naturales para reencontrarse con la paz interior que tanto buscaba. Pero la rutina vacacional generada por la pereza familiar no podía dejarlo disfrutar como quería y tampoco podía desprenderse de la idea de leer el matutino todos los días y evitar desenchufarse de las noticias que cada día más violentas se ponían.

Su espíritu ciudadano lo perseguía y las costumbres de la ciudad no se alejaban, por más naturaleza que lo rodeara. Muy en su interior no había querido esto, quería disfrutar en familia de los lugares que le proponían los alrededores del complejo de cabañas en el que se hospedaba, hacer paseos matutinos, aprovechar el sol en compañía de la gente que amaba para que ellos también disfrutaran como él... Pero no estaba resultando así. Las hijas preadolescentes, se aburrían con sus caminatas, y por las noches se quedaba hasta la madrugada conectadas con sus amigos mediante sus notebook y su mujer, cada día más adicta a los juegos online, no lograba

acostarse antes de las 3 de la madrugada...; estas actividades nocturnas provocaban que ninguna se levantara, con suerte, antes del mediodía ¡Y eso lo ponía neurótico! El sólo quería disfrutar de la paz de la naturaleza, de la gente del interior, quería olvidarse de las costumbres de la ciudad, quería paz..., para eso había alquilado un mes en esas cabañas, para alejarse de todo eso... pero luego de dos semanas no lo lograba.

Al contratar las cabañas había pensado que un mes lejos de todo lo haría olvidar del calor agobiante de la ciudad, de los cortes de tránsito que generaban caos y demoras de horas irre recuperables para su trabajo, de las vueltas que tenía que dar a veces para encontrar un espacio libre y estacionar a cinco cuadras de su casa en el Barrio de Belgrano... quería olvidarse de su vida por un mes... Quería desaparecer en vida y volver renovado y transformado en otra persona. Su idea soñada era la de no tener que manejar en todas las vacaciones, pensó que dejaría el auto estacionado en la cabaña y se abocaría a realizar grandes travesías a pie, a caballo o alquilar un bote para remar por algún rápido que le propusiera el lugar... Pero no, las vacaciones venían planteadas de una manera totalmente distinta a su ideal...

Como su familia dormía hasta tarde, no le quedaba otro remedio que subirse al auto e ir hasta el pueblo más próximo al complejo de cabañas que quedaba a 20km, para comprar el diario del día y de paso unas facturitas para el desayuno...

Ese día no era la excepción y luego de las nueve cuando su reloj mental marcaba la hora de levantarse de la cama, eso hizo. Se pegó una duchita rápida para salir fresco, se calzó las bermudas, unos zapatitos semideportivos y una remera negra con escote en "V" que le marcaba los brazos como ninguna otra y eso lo hacía sentir más joven de lo que era. Se subió al auto y arrancó en dirección al camino que lo levaba al centro del pueblo.

Al llegar al camino de acceso al pueblo, encontró delante suyo a un poblador que iba en bicicleta, a una velocidad que de tratarse de un auto, él lo hubiese considerado como de “dominguero”. Como el camino principal era el único que lo llevaba hasta su destino, el kiosco de diarios, y apenas si tenía el ancho para el paso de un auto, no tuvo más remedio que esperar a que se corriera para poder pasarlo. Pasó una cuadra casi a paso de hombre, cuando decidió esperar otra cuadra para ver si el hombre escuchaba el ruido del motor y se corría hacia la vereda... pero no lo hizo, quizás era sordo... Espero una tercer cuadra cuando su paciencia ya se estaba agotando y espetó un bocinazo de alerta, esos que son apenas un toque de aviso para dar cuenta al receptor de que uno estaba atrás. Espero unos cuantos metros más, casi llegando a la cuarta cuadra, su paciencia estaba llegando al límite. Eso en la ciudad no hubiese durado más de una cuadra, pensó, pero estaba en un pueblo tranquilo y pretendía respetar a la gente del lugar.

El hombre de la bicicleta ni se inmutó con las aceleradas que proponía Roberto, ni con el primer toque de bocina, ni siquiera con el bocinazo extenso que a principios de la quinta cuadra Roberto acompañó con un grito típico de porteño y ya con la rabia a flor de piel por la actitud del ciclista... “dale che, correte...”, dijo asomándose por la ventanilla para que asegurarse de que se escuchara desde la entrada del pueblo.

Parecía que el hombre era autista, porque a la siguiente cuadra, que ya era la sexta, Roberto empezó a insultarlo al mejor estilo ciudadano con todo el repertorio conocido de palabras condicionadas, a lo que el hombre, quizás aprovechando que Roberto había emprendido el giro por esa calle que lo llevaba al kiosco, sin siquiera darse vuelta levantó su mano con el dedo medio erguido en respuesta a todo aquello...

El gesto fue un detonante para Roberto que no podía entender como después de haberlo tenido seis cuadras a su merced encima tenía la caradurez de insultarlo con el dedo levantado... Como no tenía mucho espacio para maniobrar el auto, decidió estacionar rápido y comenzar a correr en búsqueda del sujeto para propinarle un buen escarmiento... No se saldría con la suya ese campesino de cuarta... Mientras Roberto corría los insultos crecían en volumen y en agresividad y ya llamaban la atención de algunos lugareños que se asomaban de sus ventanas para enterarse de que ocurría...

Fue en vano la corrida, a la tercer cuadra el campesino pedaleaba tan rápido que parecía que corría en un circuito para entrar en un medallero olímpico... “Ahora si te apurás cagón...” fue lo que espetó Roberto con el último aliento que le quedaba y dando los dos pasos de la frenada que le sacudieron fuertemente las rodillas...

Con el enojo que le duraba mientras caminaba las cuadras de regreso al auto ni se preocupó en que algunos parroquianos lo miraban, por el contrario, y para demostrar que en la ciudad se puede ser más rabioso que en cualquier otro pueblo, miró a alguno de ellos con cara de pocos amigos y pensando “¿qué pasa querido nunca te enojaste con nadie vos...?”

Definitivamente no eran las vacaciones que había soñado, si las mujeres de la casa se levantaran temprano para poder ir a pasear por la mañana sin tener que subirse al auto esto no hubiese ocurrido, pensó en el momento en que llegaba al kiosco de diarios. Al final había venido a estos lugares para dejar atrás los problemas de tránsito y terminaba rememorando las discusiones verborágicas de la ciudad con un ciclista.

A su regreso encontró a sus mujeres levantadas y esperándolo para desayunar, eso hizo que se olvidara del incidente pensando en que luego de eso pasarían la tarde juntos y pro-

gramarían un asado nocturno en la parrilla que la cabaña tenía con vista al lago.

Luego de una tarde de paseos y caminatas por la ribera del río la tardecita perfilaba una noche magnífica para hacer un asado al aire libre y a eso se abocaron, mientras las hijas se aprestaban a juntar ramas y leña para hacer el fuego de la parrilla, él iría nuevamente al pueblo, pero esta vez no a buscar el diario sino a comprar la carne y tampoco iría solo sino acompañado de su mujer.

Cuando estacionó el auto en el mismo lugar que lo había hecho antes de perseguir al ciclista, pensó en contarle a la esposa lo que había sucedido, pero se arrepintió imaginando que empezaría con las frases de siempre... “siempre el mismo intolerante vos...” “no aprendes más...” que generarían una discusión como siempre que ella le decía esas cosas... No tenía ganas de discutir, ni de gritar, sólo quería disfrutar de la paz que el lugar le estaba prestando aunque sea por un rato y aunque no estuviese disfrutando mucho de su estadía...

Llegaron a la carnicería y mientras esperaban que atendieran a las dos personas que tenían delante notaron que el carnicero tenía un acento que no correspondía con la gente del lugar... Cuando le pidieron los cortes que necesitaban Roberto no pudo con su curiosidad y le preguntó de donde era, el carnicero le dijo que era de Capital, más precisamente de la zona de Saavedra y que se había mudado a ese pueblo cansado de haber sido asaltado en su negocio varias veces... Luego de varios comentarios despectivos hacia el lugar de donde provenía, comenzó a alabar la bonanza de ese pueblo y a defender a la gente del lugar. Roberto que no podía soportar a la gente que criticaba a la ciudad, y menos a un barrio próximo al suyo, pensó <¿y este pseudo pueblerino de que la va... de pacífico?> y dijo con tono irónico:

—bueno, pero inseguridad y hechos de violencia hay en todas partes, no me va a decir que estamos en la tierra de la paz... —mientras la esposa lo miraba con reprobación por su comentario, porque ya conocía el tono de su voz y sabía que la discusión se aproximaba.

—es cierto dijo el carnicero, pero desde que estoy acá hace cuatro años sólo hubo un hecho de violencia y casualmente fue esta mañana, cuando un loco de la ciudad, de esos que nunca faltan, persiguió a puro insulto y para pegarle al Juancho, el ordeñador de vacas que se levanta a las 3 de la madrugada y se acuesta a las 12 después de haber ido a 3 tambos, sólo porque no le daban las piernas para pedalear. —agregó indignado el carnicero levantando la mano en la que tenía la cuchilla.

La cara de Roberto se torno de diversos colores, el arco iris de la vergüenza se reflejaba en sus pupilas luego de escuchar aquel comentario y decidió decirle que había hecho bien en radicarse allí porque la ciudad estaba muy violenta. La mujer que no entendía que pasaba al salir de la carnicería le preguntó, ¿qué te pasa a vos que le diste por ganada la discusión?, estas raro...

—No quise discutir haber si se pone mal y empieza a los cuchillazos... hay cada loco en la calle.



ediciones

www.wgtediciones.com

15 5922-8829 // 3970-2130

contacto@wgtediciones.com

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico mediante fotocopias, digitalización u otros métodos sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes

11.723 y 25.446.-

ebook

Buenos Aires,

Argentina.

Abril de 2013. © wgt ediciones.

